

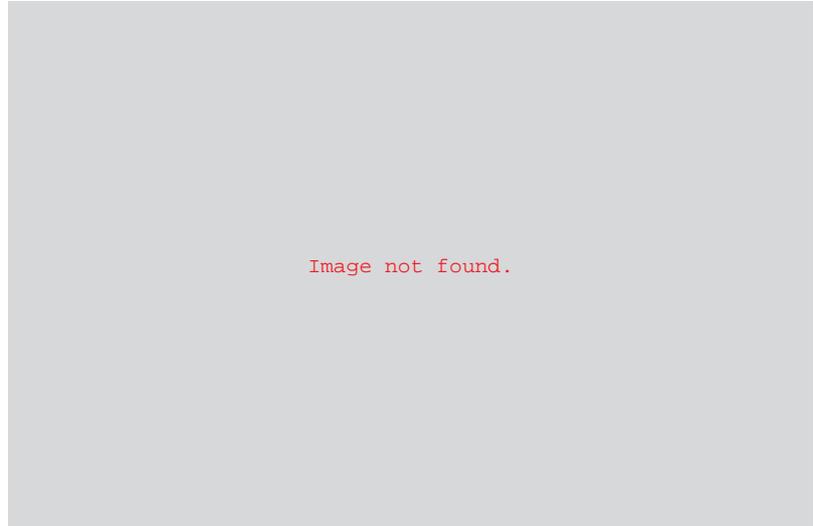
# El Viajero y Tenerife

Juan Hombre



# Capítulo 1

## PUNTA DE TENO



El viajero es antojadizo y quiere a toda costa comenzar a garabatear este cuaderno en la esquina más recóndita de la isla, aquí donde no llegan los aviones y los vientos y las piedras obligan a cortar la carretera once meses al año. El viajero, que además de caprichoso suele dar rienda suelta a su vaporosa imaginación, ha elegido este lugar para poder fantasear con la ilusión de haber alcanzado la ribera siendo un viscoso pez primigenio al cual, en los costados, le han crecido unos darwinísticos apéndices que le ayudan a arrastrarse roca adentro. Lo hace a discreción, sin reparos ni tapujos, obviando que en realidad llegó a este secarral en un destartado Mercedes Benz W123 Familiar de antes de la caída del Muro que, cuesta arriba cuesta abajo, hace todavía las veces de taxi y de chico de los recados en las abruptas carreteras de la isla.

La Punta de Teno es un lugar aislado, una lengua de lava parduzca que la codiciosa tierra le robó al mar allá por el año diez millones antes de Cristo. En busca de un lugar donde acomodarse el viajero sube una pequeña cuesta de suelo árido y rugoso hasta dar con una pasarela de durmientes de madera. Intrigado sigue con la mirada el recorrido de los barrotes clavados al suelo, mientras piensa que cuando alguien se ha tomado la molestia de instalarla en esta desangelada esquina es porque a algún lugar ha de llevar. Duda por un instante y luego, aún de mala gana, decide seguirla. Y es que el viajero es de naturaleza terca y nunca ha sido persona de andar tomando el camino que otros le indican.

La pasarela desemboca en un hermoso mirador con plácidas vistas al océano. Es una plataforma empedrada donde unas alineadas rocas se alzan como tótems chiquitos y un par de poyos de madera semejan rústicas burras ofreciendo sus lomos al eventual jinete que quiera acercarse a estos pagos. El viajero se sienta y cruza una pierna, rebusca en

su bolso, extrae bolígrafo y cuaderno, mientras contempla embobado el panorama que se abre ante sus ojos. El cielo amanece tachonado de nubes que se reflejan en las aguas calmas de septiembre como una colada tendida al sol en un prado de azulada hierba. En la distancia, al otro lado del brazo de mar al que llaman Callejón de Juan Primo, La Gomera reposa en el Atlántico como el caparazón de una tortuga perezosa. El viajero desconoce si estas aguas han sido bautizadas así en honor a Juan Prim y Prats, conde de Reus, marqués de los Castillejos y vizconde de Bruch, en honra de Juan Primo de la Guerra y del Hoyo, tercer vizconde del Buen Paso y castellano del Fuerte de San Carlos o, tal vez, en memoria de alguno de los tantos pescadores que generación tras generación, tormenta tras tormenta, se debaten contra el Atlántico en la constante e ineludible tarea de arrancarle a las olas el pan suyo de cada día. El viajero descarta esta última posibilidad porque, más allá de utopías igualitarias, escasas son las veces en las que historia se ocupa de lo cotidiano. En una esquina del cuaderno anota que, en aras de una mayor exactitud, ha de buscar el origen del susodicho topónimo.

A su izquierda los impresionantes acantilados de Los Gigantes contemplan impávidos el transcurrir de los siglos. El viajero intenta contarlos, pero una y otra vez se embarulla. No sabe si son seis, cinco, siete, cinco de nuevo. Los claroscuros del amanecer confunden su mirada. En la parte alta de los colosos de roca se ha enganchado un jirón de nube que parece tamizar el ímpetu del sol naciente haciendo danzar entre los barrancos haces de luz alba y cristalina.

A su derecha el faro reposa elegante sobre la piedra rojiza. Parece una aguja clavada en un acerico de azúcar moreno. Al verlo el viajero siente un pinchazo en el vientre. Reconoce al instante el sentimiento que lo causa. Murmura su nombre. Nostalgia. Y es que, sin quererlo, su imaginación le ha jugado una mala pasada. En la linterna que corona el fuste pintado a franjas blancas y rojas cree ver a Tintín y al capitán Haddock saludándolo con efusión. A su lado Milú salta y ladra asomando el hocico entre los barrotes de la baranda. El viajero cierra los ojos, por un instante le parece escuchar el ruido de los motores que upan el faro hacia la luna. Al volver a abrirlos la decepción se vuelve tenebrosa. El faro sigue allí y el rumor que escuchara no es sino el desparramarse en las rocas de una ola un tanto egocéntrica, mientras de su niñez no queda ni el más mínimo rastro. Intenta buscarla párpados adentro, en el rincón sombrío de los recuerdos, pero ésta es escurridiza como un cangrejo entre las rocas y no se deja atrapar. De repente, al viajero le da la sensación de que siempre ha sido un mayor.

Tonterías de hombre acomodado, reniega, al tiempo que se levanta espoleado por las prisas. Decidido toma el bastón y emprende el camino. Le gustaría permanecer unas cuantas horas aquí, admirando esta armoniosa belleza, pero sabe que el tiempo de las personas no es demasiado, un breve bostezo de uno de esos cinco, seis, siete Gigantes de

roca que, por momentos, parecen querer desperezarse de su letargo de milenios con la simple intención de incorporarse para despedirse gentilmente.

Más en <https://elviajeroytenerife.wordpress.com/>